

A LA CONQUISTA DE MILÁN



La gran ciudad de Milán atraía al Padre Jerónimo; se había enterado de que existían numerosos grupos de niños pobres y solos, que deambulaban por las calles y las plazas.

Decide trasladarse a Milán. Parte con un pequeño grupo de niños, a pie. Se detienen por la noche donde es posible. En Merate son huéspedes de los Albanos.

A la mañana siguiente Padre Jerónimo reanuda su marcha, tiene fiebre, pero no importa. Se pone igualmente en camino con sus pequeños.

La fiebre aumenta durante el camino. En cierto momento se tambalea y cae al suelo. A duras penas consigue llegar a un viejo caserón sin techo, sin puertas, entre los campos llenos de niebla y de silenciosa tristeza.

A su alrededor, con el corazón en un puño y con los ojos llenos de lagrimas, sus pequeños no saben que hacer y continuamente pronuncian su nombre.

La providencia quiere que pase por allí un caballero del duque de Milán. Lo quiere llevar a una casa más acogedora que está cerca. Pero no hay sitio para todos. El



santo, responde. "Dios os compense por vuestra caridad pero yo no puedo abandonar a mis hijos con los que quiero vivir y morir".

Los niños se abrazaron aún más a él, mientras el caballero se alejaba lentamente. Están solos, con el Padre enfermo, lejos de todos: parece que para Jerónimo ha llegado el final. Están en las manos de Dios.

Pero he aquí que de improviso llegan corriendo unos siervos del Duque. Se coloca el enfermo sobre una cabalgadura y, poco a poco, siguiendo al grupo de los huérfanos, llegan a Milán.

Dios había posibilitado que siguiera con sus hijos y Padre Jerónimo no paraba de agradecersele.

Querían llevarlo a la corte del Duque, pero no se dejó convencer. "Al hospital, por caridad, al hospital. El hospital es para los pobres".

Insistía. No había venido a Milán en viaje del placer, o para estar cómodo en un palacio, sino para abrir su corazón a las grandes desgracias que allí existían.

